

## NOTAS AL PROGRAMA

*Concierto del 24 de febrero de 2009  
(Auditorio Nacional, Sala Sinfónica)*

*Orquesta de la Comunidad de Madrid  
Luís González, trompeta  
Lorenzo Ramos, director*

### **Wolfgang Amadeus MOZART (1756-1791): Sinfonía nº 39 en Mi bemol mayor K 543**

Según la anotación del propio Mozart en su catálogo personal, la *Sinfonía nº 39* quedó concluida el 26 de junio de 1788. Se trata, por tanto, de la primera de las obras que integran la gran trilogía que, a lo largo del milagroso verano de ese año, clausura -en compañía de las K 550 (25 de julio) y K 551 (10 de agosto)- su catálogo sinfónico.

Aunque la incertidumbre planea sobre la gestación de todas estas obras, parece probable que el músico, que atravesaba entonces por circunstancias poco afortunadas tanto en lo familiar como en lo económico, las escribiera con destino a su interpretación en alguna serie de conciertos por suscripción, o bien con intención de vender las partituras, manuscritas o impresas, por ciclos de tres (o seis) como era costumbre, o quizá incluso con vistas a una gira de conciertos por Alemania o Inglaterra, como hará tres años después con gran éxito su admirado amigo Joseph Haydn. En todo caso no puede asegurarse, contra lo que testimonia la leyenda, que Mozart jamás escuchara ni un solo compás de estas partituras finales.

A diferencia de su sinfonía precedente (la nº 38 "*Praga*", K 504), la *Sinfonía nº 39 en Mi bemol mayor* se distribuye en los habituales cuatro movimientos, siguiendo el esquema formal de la *Sinfonía nº 84* de Haydn. Como en la sinfonía "*Linz*" o en la citada "*Praga*", una introducción lenta, marcada *Adagio*, precede la llegada del *Allegro* subsiguiente. El carácter expectante, ceremonioso y enigmático de este solemne prólogo -suerte de lenta ascensión desde las tinieblas hacia la luz, con ecos de obertura barroca a la francesa y de ópera seria- revela probablemente connotaciones masónicas. Dos temas elaboran el citado *Allegro*, de velados perfiles: cálido y sensual el primero y contrastado en las intervenciones de vientos y violines el segundo. A modo de marcha estilizada con estructura de rondó, el *Andante con moto* sobresale por su lirismo sereno y contenido. La finura contrapuntística e intensidad expresiva dominan un discurso cargado, en su sección más animada, de oscuros presagios.

De atmósfera cortesana y con reminiscencias rítmicas del primer *Allegro*, el brioso *Menuetto (Allegretto)* abandona las luces crepusculares del movimiento anterior. Muy contrastado, el trío central confía al seductor timbre de los clarinetes un

tema a modo de estilizado *Ländler* austriaco que parece prefigurar el encanto irresistible de ciertas atmósferas rústicas schubertianas. El espíritu travieso de los movimientos conclusivos haydnianos se evoca en el delicioso y vital *Finale: Allegro*. Una especie de movimiento perpetuo, de gran riqueza contrapuntística, que alberga jugosas e irónicas intervenciones de los instrumentos de viento.

**Juan José COLOMER(1966):**  
**Viñetas sinfónicas**

La trompeta es un instrumento de presencia muy significativa en la obra del valenciano Juan José Colomer. Nacido en Alzira, Colomer inició sus estudios musicales en su ciudad natal, prosiguiéndolos en Valencia, donde logró el Grado Superior en la especialidad de trompeta con Leopoldo Vidal, al tiempo que conseguía el título de composición con Amando Blanquer. Miembro de la Joven Orquesta Nacional de España como trompetista, Colomer se trasladó a Estados Unidos en 1990. Primero en el Berklee College of Music de Boston, donde estudió música cinematográfica, y más tarde en Los Angeles, ciudad en la que fijó su residencia, la carrera creadora de Colomer se ha apoyado firmemente en la composición de música para películas y documentales, arreglos y orquestaciones, además de obras para el repertorio sinfónico, camerístico y para banda, sin contar sus contribuciones a otros terrenos como el *pop rock*.

Según Díaz Gómez, “Colomer ha recibido las influencias de compositores rusos de la primera mitad del siglo XX como Stravinski, Shostakovich y Prokofiev, además de la de Falla. La obra clásica de Colomer está marcada por un eclecticismo en constante evolución, que siempre busca aprovechar las posibilidades interpretativas de los diferentes elementos a los que recurre”. Como tantos otros músicos valencianos, Colomer ha prestado destacada y constante atención a los instrumentos de viento. *Sonata* (1989) para trompeta y piano, *Concerto breve* (1995) para trombón, *Los cinco mosqueteros* (2000) e *Historia de un mutante* (2005) para quinteto de metales, *Decadencia* (2002) para oboe, trompa y piano, *Fierabrass* (2003) para once metales, *Concierto para trompa* (2004) y *Diálogos inmencionables* (2004) para trombón y quinteto de metales son ejemplos de ello.

De una duración aproximada de unos veintiún minutos, *Viñetas sinfónicas*, esbozada en 2004 y concluida en 2008, se distribuye en los tradicionales tres movimientos, marcados respectivamente *Moderato*, *Andante moderato* y *Molto Allegro*, incluyendo el primero de ellos, y más extenso de todos, una cadencia en su sección central.

Para Luis González, el trompetista a quien está dedicada la obra que hoy se estrena -y que en diciembre de 2007 diera a conocer en la catedral de Barcelona otra composición de Colomer a él dedicada, *Obertura y Chacona* para trompeta y órgano- *Viñetas sinfónicas* es muy exigente técnicamente, al abarcar un amplísimo registro de la tesitura de la trompeta, con empleo de notas pedales y otras muy agudas. “La

obra se inicia con la trompeta piccolo imitando el estilo barroco, pero poco a poco la armonía va modulando hacia un lenguaje más moderno. Después de esta pequeña intervención de la piccolo, pasa a tocarse con trompeta en Do. Aquí es donde el instrumento alcanza el máximo de su registro, destacando el empleo de glissandos con las bombas y sordinas diferentes para buscar distintos colores. También se utilizan diversos acentos rítmicos en diálogo con la orquesta”.

La intención original de Colomer al componer *Viñetas sinfónicas* fue escribir un concierto “de esos que no se olvidan con facilidad”. Como anota su autor, “hasta la fecha mi memoria se resiste a recordar más que fragmentos sueltos. También me motivó la idea de componérselo a un amigo, pero esto no es manera de tratar una amistad. Decidí que estructuralmente una forma tradicional sería lo adecuado y, para celebrarlo, creé dos comienzos consecutivos de estilos completamente diferentes. Y usé ambos. Pensé que el hecho de haber sido trompetista durante muchos años me ayudaría a captar la esencia del instrumento y aprovechar sus posibilidades. En lugar de eso comprendí por qué había abandonado el instrumento. Quise que fuera original y me salió difícil. Muy difícil. No quise hacer un *collage* de estilos, y acabé titulándolo *Viñetas* y no por una supuesta yuxtaposición caprichosa de elementos, sino porque me gustaba cómo sonaba en francés. Curiosamente nunca traduje el título. No quise hacer una obra aleatoria, para lo cuál me esforcé en definir y controlar todos los detalles de manera que nada dependiera del azar. Por suerte creo que hay momentos bastante logrados. Por desgracia dichos momentos surgieron por accidente”.

### **Julián ORBÓN (1925-1991): Danzas sinfónicas**

Hijo del pianista y compositor asturiano Benjamín Orbón y de la cubana Ana Soto, Julián Orbón nació en Avilés en 1925. Tras estudiar en Oviedo, se instala en 1940 en Cuba, sucediendo a su padre al frente de los Conservatorios Orbón cuatro años después. Discípulo de Loirée y Ardévol, funda con éste en 1942 el grupo Renovación Musical, defensor de una estética nacionalista cubana. Amigo de Lezama Lima, con el que coincide en propugnar una vía que integre lo primigenio y lo universal y en la que confluyan lo americano, lo español y lo europeo, colabora como crítico y articulista en la revista *Orígenes*, fundada por el gran poeta cubano en 1944.

Un año después, en su libro *La música en Cuba*, Alejo Carpentier definiría a Orbón, por entonces tan sólo un músico prometedor, como el heredero cubano de la tradición española: “Orbón aparece directamente vinculado a la gran tradición española, lo cual en verdad nos parece mucho más lógico, para un compositor cubano, que vivir con la mente puesta en lo que se haya más arriba de los Pirineos”.

La composición en 1945 de la *Sinfonía en Do*, que estrenará Erich Kleiber al año siguiente en La Habana, marca el verdadero despegue de Orbón como compositor, coincidente con la obtención de una beca que le permite estudiar en el Cen-

tro Musical de Berkshire (Tanglewood, Massachusetts) junto a Aaron Copland. Si la primera etapa creadora del asturiano, que llega hasta los años cincuenta, ahonda en las referencias al patrimonio musical español (Falla, los antiguos cancioneros, la tonadilla) y cubano, y su segundo estilo acusa sobremanera la influencia de Copland -sobre todo en los aspectos tímbricos y rítmicos- y de otros músicos americanos y europeos, la tercera etapa propone una escritura más interiorizada y reflexiva, producto acaso de su desencanto con la situación política en Cuba que le forzaría en 1960 al exilio, primero a México y más tarde a Estados Unidos, donde reside definitivamente desde 1963 hasta su muerte en 1991.

Orbón compuso las *Danzas sinfónicas* en 1955. Es obra, por tanto, enmarcada en su segunda etapa estilística y contemporánea de páginas de diverso género como el *Cuarteto de cuerda* (1951), *Tres versiones sinfónicas* (1953), *Crucifixus* (1953) para coro, *Himnus ad Galli Cantum* (1955) para soprano y conjunto instrumental y *Concerto Grosso* (1958) para cuarteto de cuerda y orquesta.

Cuatro secciones de similar duración (entre tres y cinco minutos) integran estas *Danzas sinfónicas*. La pieza inaugural, titulada *Obertura*, es una página de gran brillantez instrumental, rica en ostinatos y animada por una incisividad rítmica que la asemeja a algunas secuencias coreográficas de Copland. Un parentesco que persiste en la vitalidad de la segunda danza, *Gregoriana*, una especie de versión reducida de la *Pavana* que abre las *Tres versiones sinfónicas*, otra de las grandes partituras orquestales de Orbón, estrenada en Caracas en 1954. *Declamatorio*, la tercera danza, es también la más extensa. Página lenta, no exenta de cierto dramatismo, en la que afloran sugerencias modales precolombinas. El conjunto se cierra con la *Danza final*, una *criolla* de aromas venezolanos en la que Orbón ofrece una original y trepidante mixtura rítmica e instrumental. Lo que el compositor avilesino denominó “imaginación musical americana” se amalgama aquí en evocaciones de danzas cortesanas (canarios y seguidillas) del siglo XVIII español y ritmos de sonos costeros mexicanos, guajiras y tonadas llaneras creando, como apunta García Avello, “una especie de pequeña chacona sobre la que se establecen variaciones libres”.

El estreno de *Danzas sinfónicas* se produjo en 1957, en Florida, a cargo de la Orquesta Sinfónica de la Universidad de Miami dirigida por Heitor Villa-Lobos. Dos años después, la *Danza final* sería objeto de una coreografía creada por Balanchine para su ballet Panamérica, en el que colaboraron igualmente, entre otros, Revueltas, Chávez, Tosar y Villa-Lobos.

*Juan Manuel Viana*